

A soldier in full tactical gear, including a helmet and body armor, is kneeling on a paved road. The soldier is holding a handgun with both hands, aiming it forward. The road is flanked by metal guardrails and stretches into the distance. The background consists of dense evergreen forests on hillsides under a cloudy, overcast sky. A single bird is seen flying in the upper right portion of the sky.

OCULTO

EN LOS

HUESOS

MARCOS NIETO
PALLARÉS

LA ESPERADA CONTINUACIÓN
DE *OCULTO EN LA SANGRE*

Siete años después de su mediático juicio, Liam Jones parece haberse habituado a su vida en el centro psiquiátrico penitenciario donde ingresó tras conocerse sus crímenes. Sin embargo, dicha calma está a punto de desvanecerse: la sombra de su *alter ego* es demasiado alargada.

Oliver Baker recibe una inquietante llamada de la penitenciaría: su excompañero en el Departamento de Policía de Nueva York, ahora conocido como el Asesino del TID, ha recibido un siniestro diorama. Una sucesión de maquetas representando escenas de crímenes recién cometidos.

Muñecos elaborados con carne y hueso.

Asesinatos que dejarán huellas imborrables.

Un camino de sangre y redención que conducirá a Liam Jones –y a Luke Jones– hasta lugares que creían fuera de sus alcances...

Y un terrible secreto oculto en los huesos.

A Marta Martín Girón, por darme fuerzas con su amor

«Qué alegría morir en la silla eléctrica. Será el último
escalofrío.
El único que todavía no he experimentado».

Albert Fish, el Vampiro de Brooklyn

Primera parte

A pesar del oscuro trabajo que se realizaba entre sus paredes, el sótano estaba bien iluminado. Las cerdas de un pequeño pincel coloreaban de gris las patas de una silla de cinco centímetros de altura. Con precisión cirujana, socorrida por una lupa, la artista lamía la madera como un niño un helado de chocolate.

«Ha quedado perfecta», susurró tras terminar aquella pequeña parte de su obra.

Como si desplazara una pieza filatélica de colección, anduvo con el diminuto mueble entre los dedos hasta detenerse ante una caja de madera. Lo introdujo con delicadeza y lo dejó entre los demás objetos que componían el diorama.

«Ahora solo resta la pieza de carne y hueso».

Perpetua

El cielo mudaba de color más allá de los muros de mi celda. Nunca volvería a contemplar un amanecer: un sacrificio necesario. Mi dolor era su dolor y mi condena la suya, aunque fuéramos dos hombres distintos.

El escritorio metálico donde rubriqué *Prisioneros* y las dos estanterías bajas donde guardaba todo tipo de enseres, mostraban sus acostumbrados brillos matinales. La luz entraba por la única ventana de mi celda, tan fina, alargada y tan en lo alto, que no servía más que para iluminar. Hubiera dado cualquier cosa por una desde la que contemplar el cielo. Sobre mi escritorio reposaba la trilogía de *El Señor de los Anillos* –mi actual lectura literaria– y un extenso informe policial que había estudiado más de veinte veces. Si bien, no por ello sabía quién había matado a Anna Richardson, actual caso de Oliver y Rebeca. Ayudar a mi excompañero en el Departamento de Policía de Nueva York me servía para mitigar el aburrimiento. Las horas se hacían largas en reclusión. «Me gustaría ver a los que hablan de la soledad como un refugio metidos aquí veintitrés horas al día», le dije a Oliver durante su última visita.

Para no sucumbir al aislamiento, leía el *Times* de cabo a rabo todas las mañanas, así como libros de cualquier género –excepto el romántico; no tenía ánimos para romanticismos–, estudiaba casos antiguos y recientes y escribía la segunda parte de *Prisioneros*: *'Un asesino en mi mente'*. La mayor parte del tiempo conseguía atemperar la soledad y la decadente atmósfera que me atacaban por todas partes. Pero a veces no podía evitar acercarme al cristal

blindado, al «ojo», como yo lo llamaba, e impregnarme de depravación. Entonces la veía a ella mirando por el suyo. Daina Moss era un claro ejemplo del tipo de internos con los que compartía centro psiquiátrico penitenciario. Condenada a cadena perpetua por apuñalar sesenta y seis veces a su casero y seis a su compañero de piso, según su declaración, para sumar con el doble asesinato el número del diablo. A mí no me salían las cuentas: «66 + 6: 72». En fin. Desde la celda de enfrente me observaba sin pestañear con sus ojos azules eternamente anonadados. Así pasaba tardes enteras, sin hacer otra cosa que contemplar el ancho pasillo de suelo y paredes azuladas que permanecía tras nuestros «ojos». Ella también colmó las primeras páginas de los periódicos, pero no alcanzó la fama del Asesino del TID.

De puertas afuera yo era un despiadado asesino en serie; de puertas adentro un enfermo mental. Los componentes del personal sanitario especializado, como Patrick West, entendían mi singularidad. No obstante, nadie, ni siquiera yo, conocía los entresijos de mi mente. Maté a mi mujer, a mi hija y a mi hermana, y al mismo tiempo no lo hice. Complicado, ¿verdad? Debía convivir con dicha rareza, soportar un intenso cargo de conciencia. Fueron mis manos las que ejecutaron, pero también las que marcaron el número de teléfono de Oliver en cuanto supe la verdad. Complicado.

Oliver me consultaba por caridad más que por necesidad. Era consciente. Mis aportaciones habían sido prácticamente nulas, limitándome a darle consejos de actuación. Al menos durante los dos últimos años.

El halógeno fijado a la pared aún estaba apagado. La mayoría de los enfermos dormían, pero allí nunca cesaban los llantos, los susurros y los gemidos, que atravesaban las

grietas de mi mazmorra para colarse en mis oídos como un viento silbante.

«Vivo entre locos y con un loco dentro –pensé sarcástico, sentado al borde de la cama–. Cualquiera día de estos me vuelvo majara».

Me estiré sobre el colchón y me dispuse a empezar con mi rutina matinal. Lo primero, lavarme las manos y la cara en el pequeño lavabo del que disponía en mi celda y hacer mis necesidades en mi brillante inodoro metálico. Lo segundo, ejercitar mi cuerpo. Tal vez no fuera el orden idóneo –sudar mientras uno inhala olor a mierda no es lo mejor–, pero mis tripas también tenían sus costumbres.

Vivir en un espacio reducido suponía un hándicap para mi salud, así que decidí mantenerme en forma tras aceptar que no volvería a ver la luz del sol en libertad; yo era una celda dentro de una celda, y mis barrotes debían ser resistentes.

Siete años después de mi encarcelación, algunas cosas habían cambiado. Los funcionarios me ataban a la cama sin darme la medicación tres días a la semana: lunes, jueves y domingo. Me reconfortaba saber que Luke sentía el encierro, aunque él, como yo, nunca dejaba de sufrir. Él mismo me lo explicó el día que descubrí que padecía un trastorno de identidad disociativo: «Si hay algo que me aterra en esta vida, aparte de pasar largas temporadas encerrado en tu mente, es pudrirme en un psiquiátrico. Es duro. Estar encerrado en tu mente es una pesadilla de vivencias propiedad de otro. Es como soñar sueños ajenos y ser consciente de ello, desear abrir los ojos para vivir, y no poder hacerlo. Y de pronto estás afuera; apareces y no sabes dónde estás ni qué hacer, pues no existe una vida a tus espaldas».

Fue una suerte que mi psiquiatra accediera a lo que él llamaba «pruebas médicas controladas». Me grababa con una cámara que emitía tenues destellos rojos desde una esquina de mi celda. Me sentía observado en todo mo-

mento, incluso cuando hacía de vientre. Era un conejillo de indias. Engullía lo que me daban sin rechistar. Un precio asequible a cambio de que mi *alter ego* supiera quién había ganado la partida.

Podría decirse que gozaba de beneficios penitenciarios a cambio de mi buen comportamiento. En ocasiones, mientras conversaba con Patrick West, uno de los componentes del personal sanitario especializado con quien mejor me llevaba, notaba que se olvidaba del monstruo, tratándome como a sus colegas que vivían lejos de los muros de aquella cárcel.

A veces escuchaba a Luke desde lo profundo de mi mente. No obstante, siempre pensé que su voz no era más que el fruto de mi obsesión por él.

Con el tiempo aprendes que quien humilla acaba humillado, que al andar creamos un camino de ida y vuelta: por eso Luke estaba allí conmigo. «No maltrates para llegar a la cima», aconsejaba mi madre. «Pues sí caes, volverás a encontrarte con los que maltrataste». A menudo pensaba en ella, en mi padre, en Logan, en Alison, en mi mujer y en mi hija. Y en «mis» otras víctimas. Ni un solo día me olvidé de ellas.

Acumulaba años sin hablar con mi hermano. Todos los meses recibía una carta con su remite, pero jamás contesté ninguna: no me gustaba lo que leía. Logan, o más bien el padre Gavin Harries Jenkins, se había convertido en un fiel servidor de Dios. Demasiado servil para mi gusto. No se daba cuenta de un detalle: si Él existía, Él me creó, y por consiguiente a Luke. Parecía obvio que yo no le caía bien al jefe de mi hermano. Así que el padre Gavin no pisaría mi celda hasta que dimitiese.

Empecé con quince minutos de estiramientos y cinco corriendo en el sitio. Una vez aumentadas mis pulsaciones continué con cuatro tandas de cincuenta flexiones y sen-

das zancadas alternas, cien sentadillas, doscientas flexiones y para finalizar quince minutos saltando a la comba.

Estaba secándome el sudor cuando se abrió la puerta de mi celda. Me sorprendió no ver entrar a Patrick.

«Hoy es lunes, ¿no?».

–Buenos días, Jones –saludó David, otro de mis sanitarios particulares, empujando un carro de acero inoxidable con siete cajones de plástico de frente azul marino, donde guardaba la medicación y los utensilios que necesitaba para desarrollar su trabajo.

–¿Y Patrick?

–Hoy no ha venido a trabajar.

Fruncí el ceño.

–Llevo siete años aquí metido y nunca había faltado.

David se encogió de hombros.

–Siempre hay una primera vez, ¿no?

–Supongo.

–Pero sí, es raro. Le hemos llamado al móvil y al fijo de su casa, pero... No sé. Aún es pronto. Supongo que llamará diciendo que está metido en un atasco.

–Seguro.

–¿Te apetece salir hoy al patio un poco más pronto?

–Me es indiferente.

David extrajo un botecito del primer cajón con mis medicamentos, por lo general, dos cápsulas rojas, dos pastillas azules y tres blancas. Aquel día no fue diferente. Me los tomé sumiso. «Las primeras y últimas de hoy. Esta noche toca soltar al monstruo». Ni siquiera me revisó la cavidad bucal para comprobar que los había ingerido.

–Tu correspondencia. Son de fanes, que lo sepas.

Cinco sobres abiertos cambiaron de manos. Suspiré y los lancé sobre la cama.

«Putos zumbados».

–¿Sabes qué?

Recogí las cartas y se las devolví.

–Tíralas a la basura.

–Como quieras.

El sanitario sacó los plateados aros de unas esposas y de unos grilletes: otro rutinario procedimiento. A los demás presos les sujetaban a través de la alargada apertura de la puerta por donde también les daban de comer. Pero como he dicho, yo estaba considerado un preso modelo y tratado acorde con mi intachable comportamiento. Me las puse sin rechistar. Para evitar que me tropezara, David enganchó la cadena que conectaba un grillete con otro con la de las esposas por medio de una tercera de unión, para que así pudiera levantar con los brazos la que conectaba los grilletes. Mi buen comportamiento no evitaba ciertos y molestos protocolos de seguridad.

Anduve por el pasillo mientras algunos de los presos asomaban sus rostros por el cristal blindado. Muchos me saludaron con sus bobaliconas sonrisas pegadas al cristal; yo, amable, les devolví la cortesía. Algunos me examinaron al pasar como a una presa fuera de sus alcances. Otros, lamieron el cristal mientras sin miedo a equivocarme se frotaban los genitales. Un triste desfile que efectuaba cada mañana para recorrer los poco más de cincuenta metros que me separaban de la puerta que conducía a uno de los patios internos del centro psiquiátrico penitenciario.

Salí a la intemperie y achiné los ojos tras recibir un placentero baño de rayos. Respiré tan hondo como pude y dirigí la mirada al cielo mientras David cerraba la puerta desde el otro lado. Me quedé a solas en mi santuario. Esposado, pero respirando aire libre.

En aquella especie de jardín sentía algo parecido a la libertad. No podía aspirar a más, así que me conformaba con oler flores mientras paseaba por un camino de piedras blancas que no conducía a ninguna parte, entretanto a mi alrededor se alzaban muros llenos de pequeñas ventanas. Las nubes se desplazaban calmosas sobre las azo-

teas, que perfilaban un cuadrado de fondo azul sobre mi cabeza.

Pensé en lo mucho que la reclusión me había cambiado, y me vino a la memoria un artículo que leí en alguna parte.

«Estamos presos en sistemas. Cumplimos normas sociales, reglas familiares y roles predeterminados. Asimismo, somos presos de modelos mentales. Incluso de sistemas biológicos: nuestro organismo es un conglomerado sinérgico de sistemas. Podemos entrenarlos y modificarlos con medicamentos, pero nos dominan nuestros órganos, nuestra estructura biológica. Y por último, somos cautivos de nuestras emociones».

Cuatro sistemas de los que era difícil escapar; cuatro paredes alegóricas a las que yo debía añadir las de mi celda. Meditaba a menudo en busca de una salida, intentando escapar de esos cuatro principios dominantes.

Me tumbé sobre el camino de piedras que serpenteaba sin fin como el símbolo del infinito y vi pasar a lo lejos una bandada de pájaros. Mi corazón se aceleró. «Pájaros. Llevaba tanto sin veros...».

«Todo momento es único porque es el último –pensé relajado–. He tardado demasiado en darme cuenta».

Treinta minutos más tarde se abrió la puerta. No necesitaba llevar reloj para saber que David había vuelto antes de tiempo.

–¿Ya? –pregunté desde el suelo.

–Aún te quedan veinte minutos, pero tienes visita. Es urgente.

–¿Urgente?

–Eso he dicho.

«¿Y quién diantres puede necesitarme con urgencia?».

Pensé inevitablemente en Oliver, en que tal vez había encontrado alguna pista sobre el asesino de Anna Richar-

dson y requería de mi consejo.

Como había sospechado, lo vi a través del cristal blindado, esperando sobre mi cama, vistiendo un elegante traje negro acorde con el tono de su piel, con su brillante placa enganchada a su cinturón. Lo que no imaginé es que encontraría un paquete sobre la mesa de mi celda.

«¿Me traes un regalo, amigo?».

–Hola, Liam.

Oliver se levantó nada más verme. David se afanó en librarme de las esposas y los grilletes. Agradecí su trato amigable con un asentimiento de cabeza y una sonrisa. Tras mi gesto, abandonó la celda con prisa, como si tuviera asuntos pendientes con la policía.

–No esperaba verte tan pronto –proferí a modo de saludo.

–Un paquete tiene la culpa de que esté aquí antes de tiempo.

Escudriñé el objeto en cuestión: una caja cuadrada de cartón de unos sesenta centímetros por cuarenta de ancho y treinta de alto. Revisaban mi correspondencia por lógica precaución; si Oliver estaba allí era porque dentro de aquel paquete habían encontrado algo peligroso.

–¿Y qué hay dentro, si puede saberse? –pregunté tras señalar la caja con el mentón.

–Algo que no va a gustarte ni un pelo.

El diorama

Oliver abrió la caja de cartón, que le hacía de forro a una de madera. En su interior encontré pequeños muebles pegados a sus suelos y paredes. Resultaba evidente que estaba ante un aula en miniatura. Muros ennegrecidos alrededor de pupitres carbonizados tirados sin orden ni concierto alrededor de la característica mesa del profesor y una pizarra de tiza. Dos ventanales negruzcos parecían arrojar luz sobre dos radiadores asimismo tiznados. Pequeños percheros enganchados a la pared, tres armarios destartados... En la composición solo figuraba un muñeco: una «persona» mutilada sentada en una silla plantada en el centro de los pupitres: un alumno sin compañeros ni maestro. Parecían haberlo fabricado con trozos de plástico sonrosado, simulando un cuerpo desnudo sin ojos ni boca ni orejas, liso como la piel de una manzana. Lo estudié con detenimiento.

«Si tuviera que apostar diría que es piel humana».

Sin embargo, lo que más me inquieto no fue la siniestra figurilla, sino haber reconocido el lugar que se reproducía con tanto acierto dentro de la caja.

«Las relaciones de tamaño son perfectas. Es una maldita obra de arte».

–Es un diorama de caja –expliqué.

–¿Un *dioqué*?

Oliver no parecía conocer el término.

–Sabes que soy un estudioso de la historia de la patología forense y un entusiasta de los crímenes más inquietantes, ¿no?

–No conozco a nadie que sepa más de asesinos en serie. Joder, si hasta tienes uno dentro.